

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

12



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1971

también en las lenguas romances y en las germánicas, ha querido proponer la idea de cómo *prácticamente*, la filología, siguiendo un método psíquico-lógico puede realmente formar humanísticamente; dado que no sólo enseña la semántica, la fonética, las derivaciones de las palabras, y después su uso en la frase y en la literatura; ni tampoco se ocupa solamente de la historia de la cultura; sino que suscita el desarrollo mismo de la cultura; al poner al hombre al contacto de las mismas fuentes de donde procede; es decir la actividad psíquica, la *ενεργεια* la actividad humana, de donde procede y procederá siempre.

Este método aparecerá sin duda demasiado radical y exclusivo, al prescindir o tratar, al menos en apariencia, de prescindir de las adquisiciones ya firmes de la cultura; esto sin embargo no es así; ya que por lo contrario lo que se hace es profundizar la misma cultura, universalizarla, hacerla trascendente, humana, haciéndola coincidir lo más posible con la expresión humana, con espíritu de hombre, expresión simbólica, suya, en la cual se encuentra totalmente, integralmente a sí mismo.

Conseguida así la cultura mediante el estudio filo-lógico-psíquico, el hombre será capaz de comunicarse a sus semejantes sin perder lo más mínimo de su propia persona; sin quedarse siendo "lo puesto", o "lo dado"; sino "poniendo" humanamente su espíritu en sus semejantes no dejando de expresar al menos simbólicamente nada de su espíritu, lo que significa una grande cultura y un grande respeto y una grande educación para con ellos, creando consiguientemente una comunicación humana, es decir desinteresada, sincera, integral, que como ya dijimos al principio es el producto más exquisito y exclusivo del ser humano.

solo surgiendo por el no puede ser un método de filosofía que se limite a la descripción de los hechos de la vida humana. El filósofo debe ser un hombre que se interesa por el hombre en su totalidad, en su vida entera, en su actividad, en su destino. El filósofo debe ser un hombre que se interesa por el hombre en su totalidad, en su vida entera, en su actividad, en su destino.

GABRIEL MARCEL

PROF. FERNANDO RAFAEL CASASÚS

Universidad de Monterrey

INTRODUCCIÓN

A LA PREGUNTA: "¿Qué opina usted de Gabriel Marcel?" se pueden dar dos respuestas: 1o. una respuesta tan concisa como difusa es la pregunta: "Es el filósofo de la esperanza"; o extendiéndose un poco, se puede contestar con Federico Copleston: "Marcel es un pensador peculiarmente huidizo y resulta muy difícil dar un sumario de sus ideas. Esta dificultad surge en parte de la dispersión de su pensamiento en diarios, dramas, artículos, conferencias y libros, y del hecho de que nunca haya emprendido una exposición sistemática de sus ideas".

En efecto, como nos dice Michele Federico Sciacca, sólo en los últimos escritos ha intentado Marcel una sistematización de su pensamiento. "El Misterio del Ser", escrita en 1951, es su única obra orgánica, puesto que las demás, como "Ser y Haber", "De la Repulsa a la Invocación", "Homo Viator", etc... son sólo colecciones de ensayos. Pero el obstáculo con que se enfrenta el expositor nace más todavía de la propia naturaleza de las reflexiones de Marcel que de la circunstancia de que éstas se encuentren dispersas en tan gran variedad de escritos. Su filosofía es como la de Kierkegaard, autobiográfica, personal, y procede por descripción de experiencias existenciales, que es donde hay que buscar al mejor Marcel. El tono íntimo de su filosofía se transparenta en la preferencia que da al diario en la exposición de su pensamiento y es, además, evidente, en todos sus escritos, que adoptan con excesiva complacencia la forma de una confesión íntima de su autor.

Marcel es un pensador personal en el sentido de que trabaja sobre experiencias que han tenido en su vida una importancia especial y a las que él atribuye significación e implicaciones metafísicas. Intenta vivir sus problemas filosóficos porque "el que no ha vivido un problema de filosofía, quien no ha

sido angustiado por él, no puede en modo alguno comprender lo que este problema ha significado para quienes lo han vivido antes que él". Elaborar una "filosofía del existir" —más bien que elaborar una filosofía de la existencia— es su ambición fundamental. Rechaza por consiguiente cualquier sistema y se queda con su experiencia existencial, ilimitada en extensión y profundidad. No se trata tanto de estudiar problemas de filosofía sino de percatare de que somos esos problemas. El método marceliano consiste en ir al encuentro de nuestro ser más original y personal para después reflexionar sobre este descubrimiento. "En el fondo —dice Marcel— el método es siempre el mismo: es la profundización de una cierta situación metafísica fundamental de la que no basta decir que es mía, porque consiste esencialmente en ser yo". Al mismo tiempo que ejerzo y vivo el acto que yo soy, lo pienso. "Una filosofía auténtica es una experiencia transmutada en pensamiento", ha dicho Marcel.

Marcel introdujo el término "existencial" en el vocabulario filosófico francés. Desde 1914 habló de "existencia" y se ha llamado "existencialismo cristiano" a su pensamiento, si bien él rechaza este nombre y prefiere llamarse "neo-socrático". Para algunos la obra de Marcel no constituye por sí misma una filosofía. El Dr. Basave dice: "Si sus experiencias son —como el mismo Marcel afirma— parciales y trucas, no se les puede asignar verdadero valor filosófico. Sumergirse en el drama de la existencia y su destino podrá ser una experiencia todo lo necesaria e interesante que se quiera, pero por sí misma no es una filosofía. Su pretendida filosofía del existir es una colección de subjetividades que requieren una ulterior traducción filosófica". Para don Rafael Puente la filosofía de Marcel es una filosofía de ideas en el sentido maiéutico de la palabra. Son ideas vida, no preparadas y organizadas desde un principio, más bien ideas que van brotando de la vida y luego se van llamando y provocando unas a otras hasta formar una armonía final con frecuencia sólo presentida. Así piensa Marcel y por eso gusta de llamarse "neo-socrático".

DATOS BIOGRÁFICOS

En la ciudad de París ve Gabriel Marcel la primera luz el 7 de diciembre de 1889. Tiene apenas cuatro años cuando su madre deja para siempre este mundo. A fin de dar una madre a su hijo, el padre de Gabriel se casó con su cuñada. Estos acontecimientos tuvieron una influencia decisiva en su vida y dieron un enfoque permanente al desarrollo de su pensamiento. Dejemos que nos hable el propio Marcel:

Iba yo a cumplir 4 años cuando la perdí. Independientemente de las pocas imágenes precisas que he podido conservar de ella, siempre

la he tenido presente; de una manera misteriosa, ha estado siempre conmigo. Sin embargo, mi tía, quizás tan dotada, pero muy diferente, debía inevitablemente eclipsarla de hecho. Y hoy me parece comprender que esta extraña dualidad en el corazón de mi vida entre un ser desaparecido, del que por pudor o por desesperación raras veces se hablaba, y sobre el que una especie de temor reverencial me impedía hacer preguntas, y otro ser, extraordinariamente firme, dominante, y que se creía obligado a proyectar la luz hasta los más pequeños rincones de mi existencia, sospecho, digo, que esta disparidad o esta polaridad secreta de lo invisible y de lo visible ha ejercido sobre mi pensamiento y, mucho más allá de mi pensamiento expresado, sobre mi ser mismo, un influjo oculto que ha superado infinitamente todos los influjos de que mis escritos presentan huellas discernibles.

Su padre "no comprendía la infancia como tal, sino la infancia precoz, en la que ya se pueden encontrar las cualidades de un 'hombre en pequeño', la infancia del 'homúnculo', como dirá más tarde el filósofo". De esta manera, por muy mimado que fuera este hijo único, que dedicaba a los suyos un afecto apasionado, "sufrió a causa de un estado de hipertensión y con hostigamiento interior que, en ciertas épocas, alcanzó un paroxismo insostenible. Todo lo que yo decía era confrontado con las normas de lo que deben decir los niños. Nunca escuché detrás de las puertas, pero me imaginaba muchas veces las conversaciones de mis padres sobre mí después de haberme acostado: se preguntaban si yo tenía una inteligencia normal. Esto influyó sobre mí".

Gracias a su padre, hombre muy cultivado y dotado de gran sentimiento estético —fue Director de Bellas Artes, de la Biblioteca Nacional y de los Museos Nacionales—, Marcel se benefició de una cultura europea. Tanto en el campo de la filosofía como en el del arte y de las letras, los escritores anglosajones y alemanes llegaron a ser para él tan familiares como los de Francia. Marcel buscará en las artes y en las letras un lugar de encuentro con los demás. Convivir es para él "una necesidad natural, sublimada en espiritualidad de comunión". Aquí, una vez más, el "estar con otro" no es un punto de partida, sino una tierra de promisión que es preciso alcanzar. Pero al mismo tiempo, parece hurtarse al alcance, retirarse al más allá, a un mundo cuyo reflejo puede vislumbrarse en el arte: "La música: ésta era mi verdadera vocación; aquí es donde principalmente soy creador. Ella es la que ha dado a mi pensamiento su marco más auténtico. Juan Sebastián Bach ha sido en mi vida lo que no han sido ni Pascal ni San Agustín ni ningún otro autor".

Marcel se ha volcado en la expresión dramática por auténtica necesidad. Sus dramas son la expresión viva y espontánea de lo que sólo después sería formulado filosóficamente. A los 8 años comenzó a escribir teatro, movido por la necesidad de diálogo, y sus personajes eran el sustituto de los hermanos que no tuvo por la muerte prematura de su madre. El mismo lo confiesa: "Experimenté en edad muy temprana una especie de embriaguez, no sólo en evocar seres distintos de mí, sino en identificarme con ellos lo bastante para convertirme en su intérprete. He pensado siempre que los personajes de teatro que me agradaba hacer dialogar ocuparon para mí, al principio, el puesto de hermanos y hermanas cuya ausencia deploraba yo enormemente".

Marcel experimenta la muerte más que todo como una ausencia. "No hay más que un sufrimiento —gime Rosa, la protagonista de *El Corazón de los Otros*—: el de estar sola". El mismo lo ha manifestado al Padre Troisfontaines: "Aun suponiendo que esta frase no tuviera en labios de Rosa más que un valor premonitorio, ahora la suscribe enteramente y cada vez más. Nada está jamás perdido —estoy convencido de ello, lo creo firmemente— para un hombre que vive un gran amor o una verdadera amistad; pero todo está perdido para el que está solo".

Si nos ocupamos del teatro de Marcel es porque él mismo lo considera como parte esencial de su propia indagación filosófica. Como Camus o Sartre, escribe un teatro "metafísico" aunque pretende diferenciarse mucho de ambos escritores. Rechaza enérgicamente el teatro de tesis o apologético, que se opone a la esencia del arte; sin embargo, sus obras nos producen con frecuencia la impresión precisamente de teatro de tesis. La apertura del hombre a una luz superior, que a lo largo del drama va emergiendo de la opacidad y del dolor, aparece normalmente como el desenlace o solución de la problemática que plantea. Pero Marcel no usa el tono dogmático de Camus ni el aire de propaganda de Sartre; además, sus soluciones quedan siempre solamente insinuadas. Afirma que el drama cristiano es posible porque el Cristianismo mismo es un drama, como lo fue su vida de cristiano converso. El es un convertido, un hombre que llegó a la fe después de un largo y doloroso camino de soledad y de vibración con el sufrimiento humano. La guerra de 1914 llevó al culmen este contacto suyo con la tragedia de los hombres.

MARCEL, LITERATO

El acendrado lirismo de su obra prueba una vez más la importancia que tiene en la literatura el vivir lo que se escribe. El dolor, el amor, la necesi-

dad propios son la mejor fuente de inspiración. Marcel ha vivido lo que ha escrito, lo está viviendo mientras lo escribe. Se siente testigo de un mundo que se derrumba. *El Ocaso de la Sabiduría*, *El Hombre contra lo Humano*, *El Mundo Roto*, *La Muerte del Mañana*... son títulos de obras suyas. Es un mundo que se derrumba bajo la presión de una civilización técnica que olvida lo más esencial del hombre: el riesgo, la llamada que exige fidelidad, el valor de vivir en la incertidumbre, de renunciar a toda clase de "seguridad". Todo esto ha sido para él primero experiencia y luego expresión artística y sólo al final, reflexión filosófica.

La experiencia de los campos de concentración en Europa ha sido aterradora. Escuchemos los fragmentos de algunas narraciones:

"Estamos aquí en presencia de lo que quizá debe ser considerado como el más monstruoso crimen de la historia. Sólo imaginaciones intoxicadas pudieron concebir su idea. Uno se siente confundido al pensar en los innumerables agentes de ejecución que fueron necesarios para que esta idea se hiciera realidad. Se hacen culpables de mentira quienes pretenden asimilar a las atrocidades presenciadas por otros siglos los horrores a que asistimos nosotros".

Una muchacha judía de 18 años vio a su abuela abofeteada por un esbirro de la Gestapo. Un día, en un tren, se encontró con un rescatado de los campos de la muerte: varios dedos cortados, un agujero en la garganta; para proferir un sonido audible tenía que apretar su cuello abierto. Este hombre mostró fotografías originales de lo que su imaginación ni siquiera osaba figurarse, aquellos montones de muertos-vivos de Auschwitz y otros sitios. ¿Cómo ha sido posible todo esto?

—"Matilde, ¿es que no sospechas que estás hablando con un muerto?" —pregunta en *El Emisario* un rescatado de los presidios alemanes.

Pero los ministros del tormento en los campos de concentración no perseguían solamente la degradación física de sus víctimas, sino también y especialmente su degradación moral. "Se inculaba a todos el bacilo de la depravación para que los desmoralizase, para que los matase moral y físicamente", escribe una rescatada. "Las técnicas de envilecimiento amenazan a cualquier hombre con privarle del dominio de sí mismo. Los procesos de las democracias populares conseguían hacer de un hombre normal un culpable, que se acusaba 'sinceramente' de crímenes que no había cometido. Y no digamos siquiera, con los estoicos, que conserva al menos la benéfica posibilidad del suicidio: esto ya no es exacto, puesto que puede ser colocado en una situación en que ni siquiera deseará ya matarse, en que se considerará obligado, no diré a sufrir, sino a desear el castigo que corresponde a faltas que se imputará a sí mismo sin haberlas cometido. En los siglos pasados no habían sido aún reconocidos y proclamados los principios fundamentales de un

orden humano. Hoy estos principios son sistemáticamente violados, a pesar de ser perfectamente conocidos; más aún, con una impudicia sin par, los mismos que los pisotean no cesan de invocarles ni de apoyarse en ideas (democracia, libertad, etc.) cuya ruina definitiva sería consagrada por el reino que ellos pretenden instaurar. Empresas de este género condenan el tipo de civilización en que han podido producirse. Una vez fueron vistas, y desde entonces, 'muchos no han podido recobrar el dulce sueño de la ignorancia.'

Nada extraño tiene entonces que la juventud de este mundo estropeado sea "la generación más desguarnecida que jamás ha aparecido sobre la tierra". Su vida está llena de tedio, de escepticismo, de inercia. Imperceptiblemente se ha pasado del "ya no hay palabras para nada" al "ya no hay nada". Christiane dice a su amigo Denise: "¿No tienes algunas veces la impresión de que vivimos, si a esto se le puede llamar vivir, en un mundo estropeado? Sí, estropeado, como un reloj estropeado. La cuerda ya no funciona. Aparentemente, nada ha cambiado, todo sigue en su sitio. Pero si acercamos el reloj al oído, no se oye nada. El mundo, eso que llamamos el mundo, el mundo de los hombres, en otro tiempo debía de tener un corazón. Pero ya no hay un centro, ya no hay vida, en ningún sitio".

Marcel mismo, en el colmo de la desolación, llega a escribir:

"La desesperación es posible en todas sus formas, a cada instante, en todos los grados. Esta traición puede parecer que la estructura misma de nuestro mundo nos la recomienda, si no es que nos la impone. El espectáculo de muerte que este mundo nos ofrece puede ser considerado, desde cierto punto de vista, como una perpetua incitación al renegamiento, a la defección absoluta. Se podría decir, incluso, que la posibilidad permanente del suicidio es, en este sentido, el cebadero quizá esencial de todo pensamiento metafísico verdaderamente auténtico. El hecho de que la desesperación sea posible es aquí un dato central para la metafísica. El mérito esencial del pensamiento kierkegaardiano reside, creo yo, en haber situado esto a plena luz. La metafísica, en efecto, debe tomar posición frente a la desesperación".

Quizás Marcel va demasiado lejos. Es cierto que, como dice Mons. Fulton J. Sheen, la raíz de toda tensión psicológica es básicamente metafísica. "La desesperación —nos dice Kierkegaard— es doble: es un deseo desesperado de ser uno mismo o de no ser uno mismo. El hombre quiere, o convertirse en un ser absoluto, incondicional, independiente, subsistente por sí mismo, o bien desea desesperadamente librarse de su ser, de sus limitaciones, su contingencia y su calidad de finito". Adler siempre subrayó que detrás de las neurosis está la lucha del hombre por tornarse como Dios, lucha tan impotente como imposible la meta. Pero "puesto que estamos implantados en la existencia, la vida es una misión muy personal y el suicidio es una deserción" (Dr. Basave), y creo que la posibilidad de traición jamás será un requisito indispensable para caminar por los senderos de la metafísica.

El existencialismo francés es más literario que filosófico, más "experiencia" de ideas filosóficas que auténtica filosofía. En su pesimismo Marcel coincide con los demás existencialistas, pero siempre lo supera.

PISANDO TERRENOS FILOSÓFICOS

La guerra de 1914 fue para Marcel una prueba crucial. "No habiendo sido movilizado a causa de mi estado de salud, dirigía por entonces en la Cruz Roja un servicio de información sobre los militares desaparecidos en el curso de las operaciones. ¿Es necesario decir que en la inmensa mayoría de los casos fueron noticias de muerte las que tuvo que comunicar la oficina de información?" Mil dolores punzantes revelaron a Marcel el drama de la existencia humana. Para captar la vida en su palpitación, renuncia a la vía de abstracción que con tanto ardor frecuentaba y se dedica a la meditación lancinante del destino. Es entonces cuando se entrega a elaborar una "filosofía concreta", determinada por la "mordedura de lo real". Y aparece en abierto contraste con aquel apartarse, en filosofía, de toda visión concreta que, en lo más vivo de su ardor hegeliano, le había hecho sostener la siguiente tesis en la Sorbona de París, en 1909, escasos cinco años antes: "Que lo más verdaderamente real pudiera muy bien no ser lo más inmediato, sino, por el contrario, el fruto de una dialéctica, el coronamiento de un edificio de pensamientos". Este cambio de tono o de registro que se nota en la segunda parte del "Diario Metafísico" se explica por esta sacudida. En su conferencia del 23 de enero de 1949 en la Facultad Universitaria de Saint Louis de Bruselas, Marcel expuso la importancia extraordinaria de este giro de su pensamiento.

El que filosofa hic et nunc es, podría decirse, víctima de lo real: nunca se habituará por completo al hecho de existir. La existencia es inseparable de un cierto asombro; aquí nos parecemos a los niños. Todos conocemos niños que a los 6 años han planteado las cuestiones más metafísicas. Pero cuando de niño preguntaba Marcel: "¿En qué se convierten los muertos?" daba testimonio de algo totalmente distinto de la curiosidad de los niños ante lo desconocido. Y para saber en qué se convierten los muertos es preciso saber antes qué somos los vivos. En su *Esbozo de una Filosofía Concreta* Marcel se plantea la cuestión fundamental: "¿qué soy yo?" Cuando reflexiono sobre lo que implica la cuestión "¿qué soy yo?", me doy cuenta de que significa: ¿qué cualidad tengo para resolverla? Por consiguiente, toda respuesta que venga de mí debe ser revocada en duda. Pero, ¿no podrá otro suministrar esta contestación? Inmediatamente surge una objeción: la cualidad que ese otro puede tener para responder soy yo quien la discierno;

pero ¿qué cualidad tengo yo para obrar este discernimiento? Lamentablemente Marcel concluye muy cerca del escepticismo: "Un ser cuya originalidad más profunda consiste no sólo en preguntar acerca de la naturaleza de las cosas, sino en preguntarse por su propia esencia, se sitúa por esto mismo más allá de todas las respuestas, inevitablemente parciales, en que puede desembocar esta interrogación".

Marcel parece ignorar que la objeción del positivismo a la introspección está superada. Decía Augusto Comte: "Es imposible que el yo se desdoble en sujeto que observa y objeto observado. Es imposible asomarse al balcón para verse pasar por la calle. El ojo es capaz de verlo todo, pero es incapaz de verse a sí mismo". Comte confunde las condiciones de la observación interna con las condiciones de la observación externa. El ojo no puede verse a sí mismo porque hay imposibilidad física, basada en la impenetrabilidad de los cuerpos. Pero el yo, siendo simple, careciendo de partes, puede "desdoblarse", volver sobre sí mismo y sobre sus propios actos, "reflexionar". Además, el ojo puede verse reflejado en un espejo y los demás son el espejo donde podemos contemplarnos. La cualidad que me permite comprender cuestión tan compleja —como es la inquisición sobre mi propia esencia—, esa misma cualidad me hace posible resolverla. No la he definido aún, pero la supongo implícitamente y hago uso de ella.

De aquí que sea decisiva para Marcel la distinción que hace entre problema y misterio. "Problema" es una cuestión susceptible de ser considerada de modo puramente objetivo, sin que el ser del propio inquiridor se vea envuelto en ella: por ejemplo, un problema matemático. Claro que puede interesarme enormemente, y yo soy el que lo plantea; pero cuando lo medito, lo abstraigo totalmente de mí, lo objetivizo, lo mantengo a distancia de mi persona, me sitúo fuera de él; yo no entro en el problema propiamente dicho. En cambio, el "misterio" es una cuestión que afecta al ser de la persona que la plantea, de modo que ésta no puede dejar de tomarse en cuenta al considerarla. El problema es algo que me encuentro, el misterio es algo en que me encuentro envuelto o comprometido; el problema es algo que cierra mi camino, que está entero delante de mí; en cambio, la esencia del misterio consiste en no estar todo entero delante de mí; en esta zona, la distinción entre el "en mí" y el "ante mí" ha perdido su significación. Esta dualidad juega un papel básico en su filosofía y es preciso tenerla presente para poder seguirle. Conviene, sin embargo, dejar bien sentado que el término "misterio" no debe ser entendido aquí en el sentido teológico; tampoco es lo paradójico, ni lo impreciso o incognoscible, ni lo impensable; es, por el contrario, una realidad que tiene una razón positiva para no manifestarse en una presencia "objetiva". No es laguna del conocimiento, sino por el contrario, una plenitud. Es auténtico

misterio precisamente porque es luz: no puede mirarlo en sí mismo porque es él el que hace posible mi mirada.

EN LAS FRONTERAS DE LA METAFÍSICA

La "incarnación" es para Marcel el dato central de la metafísica. Habla de "incarnación" para evitar toda confusión posible con el misterio teológico de la venida de Cristo al mundo. La incarnación es la situación de un ser que aparece como ligado a un cuerpo. Es una situación fundamental que no puede ser con rigor dominada, sometida, analizada. No es, hablando con propiedad, un hecho, pero es el dato a partir del cual un hecho es posible. Paralela a la distinción entre misterio y problema, establece aquí Marcel la distinción entre "ser" y "haber o tener". El campo del tener abarca todo lo inventariable, todo aquello que me pertenece, que puede ser considerado como una posesión mía. Pero mis elementos constitutivos metafísicos, ¿puedo decir que los tengo o solamente que los soy? ¿Tengo un cuerpo o soy un cuerpo? ¿Tengo un alma o soy un alma? El "problema" del cuerpo es aquí planteado como la condición de "ser encarnado"; esto quiere decir aparecer como este cuerpo, sin identificarse ni distinguirse.

No sin razón se detiene Marcel en cuestión tan acuciante. La vida es un don, el máximo del orden natural. Pero en nuestro caso la vida está constituida por la unión de esos dos elementos que podríamos decir se excluyen o quizás hasta se rechazan mutuamente, si no es porque los vemos diaria y maravillosamente unidos millones de veces. Toda donación implica un donar, un "objeto" donado y un ser a quien se hace la donación. En el caso del hombre, la vida sería al mismo tiempo el don recibido y el ser "recipiente". Toda posesión supone un poseedor y una cosa poseída. En el caso de la vida del hombre, ambos se identifican. Con acierto considera Marcel que los problemas filosóficos no son propiamente problemas, sino misterios en el sentido ya explicado. El problema domina la categoría del tener, propia de la consideración objetivante. La exterioridad de los términos condiciona el tener, en cuanto supone la exterioridad de la cosa poseída y el dominio sobre ella. Pero la categoría del tener es en realidad la categoría de la servidumbre del hombre, ya que el dominio sobre la cosa poseída tiende a invertirse totalmente y a convertirse en el dominio de la cosa poseída sobre su poseedor. El haber es ser en relación de posesión con algo objetivable. Y como esta relación es inevitable, haber es un hacerse dependiente del objeto que se posee.

Como hemos visto, existe para Marcel un punto de apoyo o un punto de vista, que es el humano. Marcel se ha llamado a sí mismo "un sismógrafo de lo humano".

El que había nacido en la Ciudad de las Luces descubrió en 1929 "la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo". Marcel considera que la categoría religiosa no es algo que se añada a la existencia, sino que es su única categoría auténtica. "El hecho de la santidad realizada en ciertos seres está ahí para demostrar que eso que llamamos el orden normal, no es, después de todo, desde un punto de vista superior, desde el punto de vista de un alma enraizada en el misterio ontológico, más que la subversión de un orden opuesto. En este sentido, la reflexión sobre la santidad con todos sus atributos me parece de un valor especulativo inmenso. No haría falta apurarme mucho para hacerme decir que esta reflexión es la verdadera introducción a la ontología".

Es interesante el proceso lógico por el que llega al "Tú" absoluto y concluye: "La idea cardinal de mi tesis, la que debía constituir el centro absoluto al cual todas las otras se refiriesen es que la relación mayor —la afirmación de la trascendencia divina— es lo único que permite pensar la individualidad. Sin duda soy yo tanto más, cuanto Dios es para mí. Sólo abierto a una trascendencia puede el hombre comprenderse a sí mismo". Una vez asumida la esfera religiosa como reveladora de la autenticidad de la existencia, la filosofía no puede ser más que filosofía de lo "concreto" o de la experiencia, que es reveladora del ser, y por consiguiente, "experiencia superior", o "empirismo místico", u "ontología existencial", en bella paradoja con lo expresado en su "Filosofía Concreta": "Las filosofías para mí más nefastas, las más deshumanizadoras, se han situado precisamente en el terreno empírico".

En el culmen de su especulación, en sin igual apóstrofe, Marcel invoca a Dios llamándole "Tú, el único que posees el secreto de lo que yo soy".

CONCLUSIÓN

Imposible comentar en unas cuantas páginas obra tan extensa y tan fragmentaria. Porque, o queriendo abarcar todo en conjunto nos precipitamos diciendo que tiene por sistema no tener sistema —contradicción manifiesta—, o nos detenemos a examinar algunas partes exhaustivamente, y apretando demasiado el análisis, llegamos a la conclusión de que sus obras no constituyen una filosofía, y que por lo mismo no podemos exigirle que se ajuste a la disciplina filosófica. Poniendo en claro que el punto más vulnerable de Marcel a nuestra crítica es precisamente el mayor obstáculo para realizarla —ser asistemático—, añadiremos algunos juicios a los ya dados a lo largo del trabajo.

En palabras del Dr. Basave, abusar del sentido del misterio tiéndolo de un tono subjetivista no es actitud propiamente filosófica. El nervio del pensamiento marceliano es religioso y no filosófico. Más que buscar causas universales le mueve un afán de salvación, muy loable por cierto, pero metafilosófico.

La metafísica es ciencia, no simple afirmación del ser, y en cuanto ciencia debe saber decir del ser atribuciones y determinaciones intrínsecas. Una vez que el ser coincide con el misterio, esta exigencia no puede ser satisfecha. Por consiguiente, la "metafísica" de Marcel se reduce a una afirmación incontrolada e incontrolable.

Con todo, hay numerosos y valiosos aspectos positivos. Su pensamiento sinuoso trata de plegarse a la realidad, siguiendo sus meandros, conservando siempre la mayor autenticidad posible y una gran fidelidad a las cosas. Su pulcritud intelectual, su veracidad y su falta de frivolidad son notorias. Hombre religioso, dominado por el respeto a lo real, hace un uso digno y profundo de sus dotes intelectuales. Advirtamos su humildad intelectual, que paralelamente a la espiritual, consiste esencialmente en la verdad:

...De aquí el increíble malestar que he experimentado siempre cuando personas amables y animadas de las mejores intenciones me preguntaban sobre lo que ellas llamaban Mi filosofía; entiendo muy bien que se me interrogue sobre mis investigaciones, en cuanto las investigaciones son, en efecto, mías; en la medida, por el contrario, en que admito que desembocan en algo, ya no me pertenece. No hay nada en el mundo menos patentable que la filosofía, nada que menos pueda apropiarse. El filósofo es lo contrario de un propietario, lo cual no quiere decir que no tenga nunca la tentación de reivindicar exclusividades; pero esta tentación debe reconocerla como tal".

Marcel se pronuncia en contra de lo que él llama el peligro de los "ismos". Contrariamente a lo que sucede en el orden técnico o práctico, en el orden filosófico la explotación de un pensamiento tiende a obnubilarlo, a adultearlo, a degradarlo. De aquí salen el cartesianismo contra Descartes, el kantismo contra Kant, el bergsonismo contra Bergson. La expresión "filosofía concreta" corresponde a una negación de principio opuesta a los-ismos, opuesta a una cierta escolarización del pensamiento. Empero, con relación a la dispersión de su pensamiento nos confiesa: "Supongo que es a esta exigencia de negación a lo que responde la forma misma de mis obras filosóficas, forma que se me ha impuesto, pues no puedo decir que verdaderamente la he querido. En un principio, antes de la guerra, mi proyecto fue, por el contrario, componer una obra de forma clásica. El diario metafísico no fue

en su origen más que un conjunto de notas tomadas día a día y que deberían, en un momento dado, elaborarse de modo que tomaran una forma orgánica. No creo exagerar mucho diciendo que la especie de repulsa que despertaba en mí la idea de sistema, ha jugado aquí un papel considerable. Habría que precisar más. De lo que se trata es de la idea de Mi sistema; es, por consiguiente, la relación que está implicada en esta expresión entre el sistema y aquel que se considera como su inventor y su detentador patentado. Se me ha ido presentando cada vez más claramente que sin duda había algo de absurdo en una determinada pretensión de 'encapsular el universo' en un conjunto de fórmulas más o menos rigurosamente encadenadas".

En síntesis, sus meditaciones no se desarrollan en un mundo cerrado y exclusivo, antes le sirven de puente para situarse en el plano de la comunicación y universalización. Sus reflexiones no adoptan la forma de resultados expositivos, sino más bien la de una serie de exposiciones referentes a varios temas. Por consiguiente, al leerlas, más que aprender las conclusiones alcanzadas, lo que hacemos es reproducir el proceso que su pensamiento ha seguido. Que Marcel alcanza conclusiones es indudable, pero a menudo éstas no resultan plenamente inteligibles si se las abstrae del personalísimo proceso de reflexión que a ellas ha conducido. De ahí que ningún sumario sistemático de su pensamiento puede transmitir realmente el espíritu de su filosofía.

BIBLIOGRAFÍA

- CHARLES MOELLER, *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, t. IV.
 JULIÁN MARÍAS, *La Filosofía en sus Textos*, t. III.
 MICHELE FEDERICO SCIACCA, *La Filosofía Hoy*, t. I.
 NICOLÁS ABBAGNANO, *Historia de la Filosofía*, t. III.
 FREDERICK COPLESTON, *Filosofía Contemporánea*.
 LUIGI SEVERINI, *Existencialismo*.
 DR. AGUSTÍN BASAVE, *Existencialistas y Existencialismo*.
 JULIÁN MARÍAS, *Historia de la Filosofía*.
 DR. OSWALDO ROBLES, *Introducción a la Psicología Científica*.
 FULTON J. SHEEN, *Paz en el Alma*.
 RAFAEL PUENTE, "El Teatro de Gabriel Marcel", revista *Reseña*, Oct., 1967.

LA MUJER, MOTIVO CENTRAL EN EL "ROMANCEIRO POPULAR GALEGO DE TRADIZON ORAL"

LIC. EDUARDO GUERRA CASTELLANOS
 Centro de Estudios Humanísticos de la
 de Nueva León, Escuela
 de Letras del I.T.E.S.M.

Sección Segunda

LETRAS

La magna labor de compilación, llevada a cabo por Lois Carré Alvarellos en su "Romanceiro Popular Galego de Tradizón Oral", nos invita de nueva cuenta a la reflexión.

Es de llamar la atención que de los 147 romances allí consignados, un gran porcentaje de éstos tengan a la mujer como tema central.

La descripción de su belleza física, sus vestidas, su actividad, su sentimiento estremecido. Todo, pues, girando alrededor de lo femenino, acaso, como ya habíamos apuntado en otro trabajo,¹ porque en Galicia imperó un sentimiento maternal que ahora se nos muestra con gran claridad, aunque ya no con sorpresa.

Para nuestro trabajo, hemos dividido el material presentado por Carré Alvarellos en 12 apartados. Cada uno de ellos enfoca a la mujer de diversa manera. Tal vez cada uno de estos apartados podría servir para un estudio de tipo modular en la poesía tradicional gallega. Sin embargo nuestra propo- sición, más humilde si se quiere, sólo se contenta en ordenar y comentar muy brevemente cada uno de estos estadios de lo femenino.

¹ Lois Alvarellos, Lois, *Romanceiro Popular Galego de Tradizón Oral*. Junta de Provincia de Douro Litoral. Comisión de Etnografía e Historia. Vol. XVII. Por- to, 1959. Se citará de ahora en adelante R.P.G. y página.

² Lic. Guerra C., Eduardo, "Algunas variantes textuales en el Romance 'A vida do Rei de Francia' del Romanceiro popular Gallego". *Humanitas*. Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Nuevo León. Monterrey, 1969, pp. 281-282.